

## LENGUA Y FILIACIÓN: EL CASO VASCO

JAVIER GUTIÉRREZ REXACH  
The Ohio State University

El estudio de la filiación lingüística del euskera y su relación con otras lenguas prerromances de la península ibérica y de otras áreas del continente, pese a ser un tema sin duda apasionante y con ramificaciones que van más allá de lo estrictamente filológico, no ha permitido llegar casi a ninguna hipótesis concluyente que no fuera de tipo negativo. La evidencia lingüística es más bien escasa y el uso de los métodos exclusivamente comparativos puede abonar hipótesis contrapuestas. Por otro lado, los desarrollos más recientes de la ciencia lingüística en el terreno de la morfo-fonología, la sintaxis o la semántica no parece que puedan contribuir de manera definitiva a avanzar en la resolución del problema.

Parece, por tanto, que la solución más adecuada consiste en ligar una cuestión lingüística con otras cuestiones relacionadas de tipo no lingüístico. Es decir, la determinación de los orígenes de la lengua vasca debe estar íntimamente ligada al estudio de la procedencia de las formas y modos de expresión cultural/religiosa y a las formas de producción del pueblo vasco. La suma de evidencias más o menos concluyentes puede contribuir a dibujar un panorama más consistente que la pretensión de corroboración exclusiva partiendo de una sola área. Tal tipo de estrategia, que requiere una confluencia de saberes considerablemente diversos, fue llevada a la práctica por insignes antropólogos como José M. de Barandiarán y Julio Caro Baroja. Este último, trazó de forma convincente la continuidad cultural y antropológica de los pueblos de la cornisa cantábrica (astures, cántabros y vascones) (véase sobre todo *Los pueblos de*

*España*, Editorial Itsmo, Madrid [2.<sup>a</sup> ed., 1981]). A falta de un compromiso explícito con la idea de un origen común, resultaba innegable la existencia de significantes coincidencias en las formas de vida y expresión cultural (desde las estelas funerarias a las festividades populares y creencias mitológicas) en los pueblos del norte de España. Los autores de la obra que nos ocupa<sup>1</sup> parten de dos campos complementarios: Antonio Arnáiz es catedrático de la Universidad Complutense y Jefe del servicio de Inmunología en el Hospital Doce de Octubre de Madrid. Su área de especialización es la genética de las poblaciones humanas; Jorge Alonso García es historiador, arqueólogo y especialista en la lengua ibérico-tartésica. Su objetivo es combinar la evidencia lingüística y antropológica-cultural con los desarrollos más recientes en genética molecular y en secuenciación de genes al servicio de una ambiciosa hipótesis que postula un origen común de vascos, etruscos y minoicos.

La evidencia genética (tomando como base frecuencias de haplotipos HLA) demuestra una menor distancia genética de vascos, portugueses y castellanos entre sí y con respecto a los argelinos que con respecto a otras poblaciones europeas y orientales. Lo mismo puede decirse con respecto a los toscanos (etruscos): los datos de combinación de genes HLA apoyan el emparentamiento de los toscanos con los paleo-norteafricanos (actuales bereberes); otros marcadores los sitúan en relación con vascos, portugueses y castellanos. Finalmente, aunque la evidencia presentada para apoyar este último caso es incompleta como reconocen los autores, otro tanto puede decirse de los cretenses (minoicos), que también muestran un mayor parentesco genético con las poblaciones ibéricas y norteafricanas que con otras poblaciones europeas y orientales. La importante conexión genética entre los pueblos europeos de la cornisa mediterránea y los del norte de África parece confirmar la «hipótesis sahariana» sobre el origen de estas poblaciones. El área correspondiente al desierto del Sáhara se secó al comienzo del período neolítico, entre los años 1000-6000 AC, ocasionando un flujo migratorio hacia las tierras en la ribera norte del Mediterráneo. Esta hipótesis ha cobrado fuerza recientemente entre antropólogos y genetistas frente a la hipótesis recibida de la migración progresiva durante todo el neolítico desde Oriente Medio.

---

<sup>1</sup> *El origen de los vascos y otros pueblos mediterráneos*, Antonio Arnáiz Villena y Jorge Alonso García (Editorial Complutense, Madrid, 1998).

Tomando como punto de partida esta teoría de fundamentación genética, la presente obra trata de conectarla con los hallazgos de Jorge Alonso en el terreno de la interpretación de las lenguas prerromanas y establecer el origen común de la lengua ibera, vasca, etrusca y minoica. Este origen común no sería sorprendente una vez aceptada la hipótesis de un tronco genético y poblacional único. En concreto, Alonso defiende una vuelta a la teoría del «vascoiberismo» según la cual (y con ciertas variaciones) el euskera podría considerarse como el único vestigio de una proto-lengua común o de una familia de lenguas propias de las poblaciones iberas previas a la invasión romana. De tal manera, la utilización del euskera actual en la traducción de fragmentos e inscripciones iberas se convierte en instrumento legítimo de descubrimiento filológico. Centrándose en el estudio de las frases funerarias, Alonso establece una relación entre los vocablos iberos BALCE y ATIN con los vacuences BALTZ 'negrura' y ATE 'puerta'. La aparición recurrente de estas palabras en inscripciones funerarias puede relacionarse con la creencia religioso-mitológica de los iberos según la cual, al depositarse el cadáver en su tumba, el espíritu viaja por el mundo subterráneo hacia un lugar más allá del río de fuego donde encuentra morada junto a sus antepasados.

Basándose en los hallazgos de Gómez-Moreno sobre el valor fonético de las inscripciones tartésicas (M. Gómez Moreno, «La escritura ibérica», *BRAH*, 112, 1963), Alonso expande su metodología comparativa para interpretar las inscripciones tartésicas a partir del euskera. En un salto cualitativo importante, el sistema comparativo se aplica también al etrusco. La motivación fonética parece en este caso más endeble. Por ejemplo, para establecer la correspondencia entre la voz etrusca VELTH 'oscuridad' y las palabras correspondientes en ibero y euskera arriba mencionadas, se afirma que «las letras 'V' y 'B' son fonéticamente iguales y las vocales 'A' y 'E' prácticamente homónimas, pues los matices geográficos, dialectales y de siglos las hacen variar» (p. 45). Se echa en falta en este punto una observación más general sobre procesos de lenición consonántica o de apertura/cierre vocálicos en etrusco que permitan establecer las correlaciones de forma más sistemática y creíble. Finalmente, Alonso emprende el desciframiento de diversos materiales pictóricos, lápidas y listas de palabras en los sistemas de escritura de la lengua minoica conocidos como Lineal A y Lineal B. De nuevo se establece un paralelismo con el euskera moderno,

a partir del uso de declinaciones, y con la escritura ibérico-tartésica y etrusca, partiendo de ciertos procesos de lenición, pérdida de vocal ante «R», «uso restringido de los verbos y la natural carencia de preposiciones» (p. 79). Sin embargo, algunos de estos rasgos, como la omisión del verbo, más que establecer pertenencia a un grupo común pueden deberse a la naturaleza de los testimonios escritos conservados (inscripciones, lápidas, etc.). La evidencia morfológica de la existencia de declinaciones tampoco es suficiente para establecer ningún tipo de parentesco, dado lo común de esta estrategia para la expresión del caso.

Más convincentes parecen la interpretación común de los textos escritos en las tres lenguas y la posible referencia a un cuerpo único de creencias mitológicas o religión neolítica común como el descrito anteriormente. El libro contiene un análisis detallado de inscripciones en ibero-tartésico, etrusco y minoico que saca a la luz similitudes y temas recurrentes que van más allá de la mera coincidencia. Si las referencias a las sepulturas como puertas, al lago de fuego, a los dominios de la oscuridad, etc., pueden rastrearse no sólo en estos pueblos mediterráneos sino también en la Grecia clásica, en Sumeria, Mesopotamia y Egipto, la idea una herencia religiosa africana común resulta una posibilidad atractiva e intrigante. Naturalmente, la confirmación de esta hipótesis requeriría el estudio sistemático de las creencias religiosas de las poblaciones norteafricanas en una perspectiva sincrónica y diacrónica, algo que va más allá de los objetivos de este libro. De forma alternativa, podría argumentarse que las coincidencias observadas no reflejan un tronco de creencias o religión común sino universales mitológicos que pueden observarse en la mayoría de las religiones del mundo, desde los sistemas de creencias amerindias a los de Oceanía y Polinesia. Para defender esta vía de argumentación podrían utilizarse tanto teorías de base psicológica.

En suma, el presente libro inyecta nueva savia en las venas de la hipótesis vasco-iberista y lo hace de forma audaz, llevando la hipótesis hasta el límite de defender un origen sahariano común de los pueblos y lenguas prerromanos de la europa mediterránea. Las posibilidades son evidentemente sugestivas, y también los posibles puntos débiles. Se hace necesario un estudio más sistemático de la estructura lingüística de estas lenguas, así como la refutación de hipótesis alternativas en lo tocante a la dimensión mítico-religiosa. También resultaría de interés un estudio más detallado de otras expresiones artísticas y culturales.